

El primer hombre

La opulencia se vestía de terciopelo y oro en la residencia de Augusto Delacroix. Desde su despacho en París, el acaudalado empresario observaba la ciudad con la misma satisfacción que un emperador contemplando su reino. Fuera, la vida de los otros, los menos afortunados, los que no poseían más que su sudor, continuaba con su incesante ritmo de esfuerzo y en algunos casos, de miseria. Dentro del despacho, en cambio, el aire olía a cuero curtido, a madera pulida, a coñac añejo servido en copas elaboradas con los mejores cristales. Todo lo que Augusto Delacroix tocaba, todo lo que veía, era suyo. Y aquello que aún no lo era tarde o temprano lo sería.

El empresario no concebía el mundo sin la posesión.

El dinero no solo lo había elevado por encima de los que el llamaba con desdén «la muchedumbre», sino que le había dado la certeza de que la jerarquía humana no era más que la ley de la naturaleza

manifestada en los negocios. Así como el lobo devoraba al ciervo, el poderoso debía subyugar al débil. No había lugar para sentimentalismos ni compasión en aquel juego del dominio.

La naturaleza, en sí misma, le resultaba una farsa romántica propia de poetas y mendigos. ¿Qué había en ella que no pudiera ser explotada? La madera se convertía en barcos, el carbón sustentaba la industria, los ríos la energía. Todo estaba destinado a servir al hombre. Y él, era la máxima expresión del hombre.

Por eso, cuando recibió la invitación de su socio Charles Moreau para emprender un viaje en su yate privado por el Caribe, no lo dudó. Necesitaba apartarse por unos días del ruido de la ciudad, del ajetreo de las reuniones, de las negociaciones que, para él, eran ya triviales. Sería un descanso merecido.

La tarde en que Augusto Delacroix salió de París, la ciudad se agitaba con su ritmo habitual de carruajes, pasos apresurados y conversaciones de café. Ya

antes, desde la ventana de su despacho, en lo alto del Boulevard Haussmann, observó con indiferencia el incesante vaivén de la multitud. Las calles estaban llenas de ellos. Los pequeños. Los insignificantes. Los que nunca habían poseído nada y nunca lo harían.

Augusto no los despreciaba por ser pobres. Los despreciaba por haber nacido para serlo.

A su parecer, había dos clases de hombres en el mundo: los que caminaban con la cabeza erguida y los que agachaban la vista.

Él pertenecía a los primeros.

Era un titán en un mundo de mortales.

La invitación de Moreau había llegado con un sobre de lacre rojo, acompañada de una nota escrita con la caligrafía firme de un hombre de su misma casta:

«Mi estimado amigo, ha llegado la hora de un descanso. Partimos hacia las Antillas en mi yate privado. No hay mejor forma de recordar quiénes somos que alejándonos de los que no lo son. Le espero en Burdeos.»

Delacroix no lo dudó. La sola idea de desaparecer del mundo por un tiempo, sin tener que cruzarse con rostros gastados por el trabajo o escuchar las quejas de los mediocres, era demasiado tentadora.

Aquel mismo día dio instrucciones a su mayordomo para que preparara el equipaje. No necesitaría gran cosa más allá de algo de ropa impecable, puros cubanos, algunas botellas de coñac de su reserva privada y su bastón de nogal con empuñadura de oro. No era un accesorio, era una declaración una declaración de intenciones.

Por la noche asistió a una última cena en el club privado donde solo los hombres de verdadero poder eran admitidos. Sentado en su sillón de cuero, con su copa en la mano y la mirada altiva, se dedicó a escuchar a sus compañeros hablar de cifras, de negocios, de cómo el progreso debía mantenerse lejos de los obreros para que no se creyeran algo que no eran.

—El problema de los hombres pequeños —dijo un espigado empresario de bigote grisáceo, con un tono

despreocupado— es que creen que el mundo les debe algo.

—Por favor... El mundo no les debe nada a esos patanes— respondió Delacroix, girando lentamente el coñac en su copa —Los que nacen para servir solo tienen derecho a aquello que se han ganado con el sudor de su frente.

—Bien dicho, pero ¿qué sucede cuando no pueden ganar nada? —preguntó un tercero, con una sonrisa irónica.

Delacroix esbozó una media sonrisa y encogió los hombros.

—Entonces no merecen nada.

Las risas resonaron en la estancia como una sinfonía de entendimiento. Ellos eran los hombres grandes, y el mundo les pertenecía.

A la mañana siguiente, un carruaje lo llevó hasta la estación, donde abordó el tren con destino a Burdeos. No miró atrás. No pensó en nada más que en el lujo que le esperaba durante unos días.

Mientras el tren comenzaba a avanzar, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Dormir era una pérdida de tiempo, pero en aquel momento no tenía nada mejor que hacer.

En su mundo, los hombres como él no soñaban. Planeaban.

Burdeos lo recibió con el aroma espeso del río y la algarabía de los muelles. El traqueteo de los carros, las órdenes de los estibadores y el silbido de los barcos de vapor componían una cacofonía que, a los oídos de Augusto Delacroix, no era más que un murmullo lejano.

El puerto era un hervidero de hombres sudorosos, de manos callosas, de voces roncas por el salitre y el esfuerzo. Cargaban barriles, arrastraban sogas, empujaban carretas cargadas de mercancía... En aquel lugar confluían los engranajes de la economía, los necesarios pero invisibles.

Delacroix caminó entre ellos como un rey entre sus súbditos. La tela impecable de su abrigo contrastaba con las ropas raídas de los trabajadores,

su bastón de empuñadura dorada golpeaba la madera con la cadencia de un metrónomo, y sus zapatos relucían con un esmero que ninguno de aquellos hombres conocería jamás.

Al final del muelle, entre la bruma matinal y las sombras alargadas de los navíos, lo esperaba su amigo Moreau.

—¡Delacroix! —exclamó su anfitrión con los brazos abiertos, cruzando la pasarela con un aplomo carente de miedo alguno.

Charles Moreau era un hombre de edad similar a la suya, pero de carácter más despreocupado. Su cabello negro ondeaba con el viento del puerto y su bigote meticulosamente peinado delataba su obsesión por la apariencia. Vestía con la misma elegancia que Delacroix, aunque con un toque más ostentoso.

Los dos se estrecharon la mano con firmeza.

—Veo que no ha cambiado, Moreau —comentó Delacroix con media sonrisa.

—Ni tengo intención de hacerlo —respondió el otro, devolviéndole el gesto—. Si algo funciona, ¿para qué alterarlo?

Ambos soltaron una breve carcajada.

—El Belle Étoile está listo —continuó Moreau, señalando el yate con un ademán de orgullo—. La tripulación ya tiene órdenes de atendernos como corresponde. Todo está dispuesto para un viaje sin preocupaciones amigo mío.

Delacroix dirigió la mirada hacia la embarcación. Era un navío imponente, un prodigio de la ingeniería y el lujo. De casco elegante, velas firmes y detalles que denotaban la mano de un artesano que nunca conocería la fortuna de su propia obra.

—Perfecto —asintió—. Estoy ansioso por dejar atrás la pestilencia de la ciudad.

—Aquí no hay política, no hay empresarios aduladores, no hay nada que nos moleste —añadió Moreau—. Solo océano, puros y coñac.

Delacroix esbozó una sonrisa de satisfacción, y con la brisa del Atlántico besando sus rostros,

dejaron atrás la tierra para adentrarse en la inmensidad del océano.

La primera brisa marina fue distinta al aire rancio de los muelles. Era más limpia, más ligera. Con aquel aroma a sal y aventura que había inspirado a generaciones de marineros. Pero para Augusto Delacroix, el océano no evocaba epopeyas ni descubrimientos. Solo le importaba la comodidad del Belle Étoile y la certeza de que, por unos días, nada ni nadie le exigiría nada.

Las primeras horas de navegación transcurrieron entre brindis y puros. La escasa, pero efectiva, tripulación trabajaba en perfecto silencio, como un mecanismo de relojería suiza, asegurando velas, ajustando cabos, manteniendo el rumbo sin interrumpir la paz de los señores.

Al atardecer, Moreau y Delacroix se acomodaron en la cubierta superior, donde el yate ofrecía un pequeño espacio, con sillones de cuero y una pequeña mesa de caoba sobre la que ya reposaban una botella de coñac y dos copas.

—Este es el único rincón del mundo donde un hombre puede ser libre —comentó Moreau, sirviendo generosamente ambas copas—. Aquí no hay reglas, no hay sociedad, no hay súplicas ni discursos morales.

Delacroix tomó su copa con parsimonia y la giró entre los dedos, observando la danza ámbar del licor bajo la luz del ocaso.

—La libertad no es más que el privilegio de los que pueden pagarla —respondió finalmente—. Solo los hombres como nosotros pueden permitirse el lujo de no rendir cuentas a nadie.

Moreau sonrió con satisfacción.

—Hablando de privilegios... —dijo, recostándose en su sillón—. ¿Cuéntame sobre aquella vez en Marsella, cuando aquel estafador intentó engañarte con el negocio de los diamantes africanos?

Delacroix rió con condescendencia.

—Ah, sí. Un imbécil de proporciones legendarias. Se presentó con un aire de importancia que habría resultado casi convincente si no fuera por el miserable estado de sus zapatos.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Moreau, con diversión, esperando una respuesta que ya conocía, pero que parecía gustarle recordar.

Delacroix bebió un sorbo de coñac antes de responder.

—Nada. Solo lo escuché, asentí en los momentos adecuados y, cuando terminó su discurso sobre su supuesta mina secreta en el Congo, lo miré y le pregunté si podía traerme otro café.

Moreau estalló en carcajadas.

—¡Por Dios, Delacroix!

—El muy idiota ni siquiera protestó —continuó con una sonrisa altiva—. Me miró con una mezcla de humillación y desesperación, y en su patético afán de agradar, fue a buscarlo.

—¡Dime que al menos lo echaste a patadas cuando regresó!

Delacroix hizo girar el coñac en su copa, como si removiera recuerdos en su mente.

—No fue necesario. No volvió. Supongo que entendió que su lugar no era el mismo que el mío.

Moreau asintió con aprobación.

—Siempre he admirado esa cualidad tuya. No necesitas levantar la voz ni ser violento para poner a los hombres en su sitio.

Delacroix se encogió de hombros con falsa modestia.

—Los hombres pequeños se destruyen solos cuando se dan cuenta de que no importan.

El viento sopló con suavidad, meciendo las velas del Belle Étoile. A lo lejos, el horizonte ya comenzaba a teñirse de tonos naranjas y púrpuras. La inmensidad del océano los rodeaba, pero ninguno de los dos la miraba. Para ellos, el mundo seguía siendo un tablero de ajedrez donde movían las piezas y los demás solo esperaban su turno para ser sacrificados.

La noche cayó sobre ellos, y con ella, el tiempo comenzó a prestarse aciago.

El primer indicio fue el viento.

Un cambio sutil, casi imperceptible, como un aliento helado en la nuca de un hombre desprevenido. La brisa, que hasta entonces había

sido un murmullo suave entre las velas, comenzó a ganar fuerza, arrastrando un frío inesperado. La superficie del mar, que al atardecer había parecido un espejo de cobre fundido, se oscureció en cuestión de minutos, como si una sombra invisible se hubiera extendido sobre el agua.

Delacroix no notó nada al principio. El hombre que jamás había mirado al mar no tenía forma alguna de leer sus advertencias.

—Hace frío —murmuró Moreau, ajustando su chaqueta mientras servía otra copa de coñac.

Delacroix se acomodó en su sillón con desdén.

—Tonterías. Es solo el anochecer.

Pero los marineros sí lo notaron. Y a diferencia de sus distinguidos pasajeros, ellos sí sabían lo que significaba.

El capitán, un veterano curtido por años de navegación, salió a la cubierta con la mirada afilada. Sus botas resonaron contra la madera mientras escaneaba el horizonte. El oeste era negro. Ni azul oscuro, ni gris de tormenta.

Negro.

Un muro de nubes avanzaba hacia ellos, devorando los últimos tonos rojizos del cielo. No traía relámpagos aún. No rugía con truenos. Pero su sola presencia helaba la sangre.

—¡Reduzcan las velas! —gritó el capitán.

El movimiento en la cubierta cambió de inmediato. Lo que hasta entonces había sido una embarcación de lujo se convirtió en un caos de órdenes, cuerdas y manos trabajando a toda prisa.

Moreau se levantó con fastidio, tambaleándose cuando el yate se sacudió con una primera oleada de viento.

—¿Qué diablos ocurre? —exigió saber.

El capitán se volvió hacia él con una expresión grave.

—Tormenta, señor. Y viene rápido.

—¿No pueden esquivarla?

—Si pudiéramos, lo haríamos. Agárrese de algo y no estorbe.

Delacroix miró la escena con irritación.

—No exageren —dijo, terminando su coñac de un trago—. No es más que un poco de viento.

Pero el viento pareció escucharle.

Y respondió.

El rugido llegó de golpe. Como si un dios furioso hubiera inhalado y exhalado de golpe todo el aire de sus mastodónticos pulmones. Las velas se inflaron con un golpe seco, los cabos se tensaron hasta crujir, y la Belle Étoile se inclinó bruscamente, haciendo que las copas cayeran al suelo y se hicieran añicos.

Moreau se sujetó a la mesa. Delacroix trastabilló, sintiendo por primera vez una punzada de incomodidad real.

Las olas crecían.

Altas.

Demasiado altas.

La tormenta los había alcanzado, y no parecía querer dejarlos escapar.

El Belle Étoile ya no era un barco. Era un cascarón de madera sacudido por fuerzas que ningún hombre podía controlar. El mar había dejado de ser un reflejo de la luna y se había transformado en un abismo de agua y sombra. Las olas no se limitaban a golpear el

casco, sino que lo devoraban, elevándolo y lanzándolo como un juguete sin dueño.

Augusto Delacroix sintió por primera vez en su vida algo que no podía definir con palabras. No era solo miedo. Era una certeza oscura y absoluta.

No había suerte alguna que pudiera comprar en aquel momento.

No había poder que imponer.

Era solo un hombre en el lugar equivocado.

El viento aulló como un lobo hambriento, arrancando velas, haciendo crujir la madera como huesos quebrados. Un trueno partió el cielo en dos, iluminando por un instante la cubierta, donde los marineros luchaban por sus vidas, aferrados a lo que podían, mientras la lluvia y la espuma los golpeaban con una violencia desmedida.

—¡Moreau! —gritó Delacroix. Pero su voz fue engullida por la tormenta.

Trató de avanzar, pero el barco se inclinó de golpe. Sintió el vértigo, el vacío bajo sus pies, y antes de poder reaccionar, la madera se escapó de debajo de él. Y cayó.

Su espalda chocó contra la cubierta con un golpe seco que le arrancó el aire de los pulmones. Vio el cielo girar, las estrellas se apagaron tras las nubes, las velas se desgarraron como si fueran de papel.

La Belle Étoile se despidió.

El mar se había instalado dentro del barco. La borda se inclinó, y de repente el océano lo engulló por completo.

Delacroix sintió el impacto del agua gélida en todo el cuerpo. Un golpe brutal que lo hizo girar. Tragar agua y perder toda noción del entorno.

Intentó nadar, pero no sabía hacia dónde. No había superficie, no había aire, solo un peso que lo arrastraba, que lo hundía cada vez más.

Se ahogaba.

Intentó gritar, pero solo tragó más agua.

Sus músculos se tensaron, su pecho se contrajo en un espasmo agónico. Los pulmones le exigían aire, pero solo encontraban oscuridad líquida.

Su mente se apagó y su cuerpo dejó de luchar.

El océano parecía reclamarlo para sí mismo.

El sonido fue lo primero que volvió.

No el rugido de la tormenta, ni los gritos de los marineros, sino un murmullo rítmico y sereno que acompañaba al vaivén de las olas.

Delacroix Sintió que sus párpados eran pesados como piedras.

Un golpe de agua fría contra su cara lo sacó del letargo haciéndole abrir los ojos con un jadeo. Tosió, expulsando una bocanada de agua de su garganta. Se arrastró torpemente sobre la arena húmeda, sintiendo el dolor en cada fibra de su cuerpo. Su ropa, hecha jirones. Sus manos temblorosas.

Su bastón, su reloj de oro, su anillo de sello... todo había desaparecido.

Se giró lentamente sobre su espalda, buscando con la mirada a cualquiera de los tripulantes o, al menos, cualquier señal de civilización, pero no la encontró.

Lo que vio, en su lugar, fue un cielo azul impoluto, sin rastro de nubes. El sol brillaba con indiferencia, proyectando su luz sobre un paisaje de árboles altos y frondosos, una selva que se alzaba más allá de la

playa. No había casas, no había barcos, no había caminos. Solo una vasta extensión de tierra virgen.

No había signos de la Belle Étoile. No había signos de Moreau.

No había señales de nadie. El mundo que conocía había desaparecido y él estaba solo.

Augusto Delacroix jamás había sentido hambre. Había conocido el apetito, sí. La espera entre un almuerzo y una cena, el antojo de un filete más jugoso o de un vino más añejo. Pero el hambre, el verdadero vacío que roía las entrañas como un animal atrapado en una jaula de huesos, era algo que nunca había experimentado. Hasta ese momento.

La sed llegó, como un aguijón ardiente en la garganta, como una súplica muda de su cuerpo. El sol estaba en lo alto, implacable, proyectando sombras cortas sobre la arena blanca y abrasadora. Cada minuto sin agua era una condena lenta.

Intentó incorporarse, pero sintió que sus piernas pesaban como el plomo. El mareo lo envolvió en un vértigo insoportable, y tuvo que apoyar las manos en

la arena para no desplomarse de nuevo. Miro sus manos, como si no las reconociese.

Eran como las manos de un extraño: sucias, llenas de pequeños cortes, las uñas partidas, la piel enrojecida por el sol y la sal. Las manos de un hombre que ya no era un señor, sino un náufrago.

Se obligó a levantarse.

Se tambaleó, pero no cayó.

—¡Moreau! —gritó, con voz quebrada y áspera. Solo el eco de las olas le respondió. No podía estar solo. No debería estar solo.

Caminó por la playa, arrastrando los pies, sintiendo cómo la arena caliente se filtraba en los agujeros de sus zapatos de cuero fino, que ya habían dejado de ser un símbolo de estatus para convertirse en un estorbo inútil. Buscó restos de la Belle Étoile. Buscó señales de vida. Cualquier cosa que le indicara que la civilización no había desaparecido con la tormenta. Pero la civilización que tanto anhelaba encontrar no estaba allí. Solo la selva lo observaba. Densa y callada, con sus árboles

de troncos horribles y raíces que se alzaban como garras de un mundo que no le pertenecía.

Se pasó una mano por el rostro y sintió la piel caliente, el sudor pegajoso. Nunca en su vida se había sentido tan descompuesto.

—Esto es... esto es temporal... —murmuró para sí mismo, como si al decirlo lo convirtiera en una verdad inapelable.

Se internó en la selva, no por valentía, sino impulsado por la más absoluta necesidad.

Los primeros metros fueron fáciles: tierra húmeda, ramas crujientes, la sombra fresca de los árboles que le ofrecía un alivio momentáneo. Pero con cada paso, el terreno se volvía más hostil. La maleza lo arañaba sin consideración. Las raíces se enredaban en sus tobillos. Su ropa, diseñada para salones y fiestas, no servía para la abrupta naturaleza.

Más adelante, un sonido distinto a los demás llegó a sus oídos, como si un sexto sentido se le hubiera activado. Era agua. Pero no provenía del mar.

Se apresuró, tropezó, cayó de rodillas, pero siguió adelante. No tenía la dignidad de los héroes, solo la desesperación de un moribundo.

Cuando por fin llegó al río, no pensó. No analizó. No cuestionó si era seguro. Se arrojó sobre el agua y bebió como un animal sediento, con las manos temblorosas y la garganta ansiosa.

El alivio fue inmediato. Por primera vez en horas, su cuerpo dejó de gritar. Pero cuando se incorporó y vio su reflejo en el agua, el alivio se convirtió en terror.

No se reconoció.

La imagen que le devolvió el río no era la de Augusto Delacroix, el magnate, el caballero de negocios, el hombre de éxito.

Era la de un vagabundo, un hombre con el cabello pegado a la frente por el sudor, con los labios partidos, con una expresión que jamás había visto en su propio rostro.

El reflejo de un hombre que ya no era dueño de nada.

Y por primera vez, en lo más profundo de su ser, Augusto Delacroix sintió un miedo que no podía comprar, ni evitar, ni negociar.

El miedo de saber que, en aquel lugar... el mundo no lo necesitaba.

Pasaron días. Tal vez semanas. El tiempo ya no existía. Las ropas finas de Augusto Delacroix se habían reducido a harapos. Su piel, antes perfumada con esencias importadas, era ahora sudor, tierra y heridas.

Ya no hablaba. ¿Para qué?

Ya no exigía. ¿A quién?

Ya no planeaba. ¿Para qué futuro?

Aprendió a arrancar frutos de los árboles, pero su estómago aún sufría por la torpeza de su instinto atrofiado. Bebía del río, dormía en el suelo, huía de los ruidos nocturnos. No era un señor. No era un empresario.

No era nada.

Y un día, cuando sus pasos torpes lo llevaron hasta un claro, los vio de nuevo. Los lobos.

Estaban allí, en la colina. Observándolo. Sin miedo. Sin amenaza. Solo mirándolo. Y fue entonces cuando entendió lo que nunca había entendido en su mundo.

Los poderosos no son los que poseen. Los poderosos son los que saben sobrevivir.

Sintió el peso de la revelación como un yunque en el pecho. Y con una sonrisa amarga en los labios partidos, se dejó caer de rodillas.

No porque esperase ser devorado. Sino porque, por primera vez en su vida, entendió su lugar en el mundo.

El mundo seguía sin él.

El mundo nunca lo había necesitado.